

todos. Y dime, Armando ¿no te ha dicho dónde está esa casa?— No, ni yo me he atrevido á preguntárselo. — No importa : sea donde quiera, con tal que esté muy léjos : de este modo participaré ménos de felicidad de los demas.

Benito se mostraba muy consolado, pero interiormente padecia mucho. En esta ocasion era cuando manifestaba mas su carácter duro y envidioso. Se negaba á las caricias de sus hermanos, y les decia desvergüenzas en los mismos momentos que ellos le daban las mayores pruebas de su amor. Tambien el despecho agriaba sus quejas. Se veia excluido de una familia, en la cual se creia él el muchacho mas amable; se miraba como una víctima sacrificada á la predileccion de su padre respecto de sus hermanos; afectaba resignacion, pero estaba muy léjos de tenerla.

Cuanto ántes pudo, se arrancó de los brazos de sus consoladores, subió á su cuarto, dispuso su maletilla, y bajó á comer. Palemon estaba sentado entre su amigo y la hija de este. Nada habló con Benito sobre lo pasado, y aun le manifestó mas cariño que á los otros hermanos. Quedó con esto Benito tan sorprendido, que casi creyó que Armando le habia engañado, suponiendo la orden de su padre; pero pronto recibió el mas completo y cruel desengaño, porque Palemon, concluida la comida, dijo, levantándose de la mesa : Hijos míos, á la hora regular al terrazo. Mi amigo nos contará un caso muy particular que le ha sucedido. Gustaré de que le oiga Benito, y que por última vez disfrute el placer de nuestras tardes.

Benito perdió el color; su corazon latia con terrible agitacion y casi se desmayó; Adela, que conocia su estado, le acompañó hasta su cuarto. La mañana concluyó tan triste como habia empezado.

TARDE XXXIII

LA DUREZA

Si genio duro, iracundo,
Por desgracia te domina,
Caminarás á tu ruina
Si con esmero profundo
No purifican lo inmundo
De tu feroz condicion ;
Que la cruel inclinacion
En perversa degenera,
Si á tiempo no la modera
La esmerada educacion.

Llegada la tarde y reunidos todos, quiso Palemon distraer el sentimiento general que el castigo de Benito habia causado. Aquí tenéis, hijos míos, les dijo, este venerable anciano que es mi bienhechor Mr. Delacour, de quien ántes de ahora os he hablado, y esta señorita es su amable hija Enriqueta. Los muchachos abrazaron con entusiasmo al primero y saludaron con respeto á la segunda, á quien Adela prodigó las mayores atenciones haciéndola sentar á su lado. Armando miró á la jóven con tal atencion que la hizo bajar los ojos; ántes apénas habia reparado en ella, pero ahora que sabia quién era, hizo en su alma una impresion harto profunda.

Palemon continuó diciendo : Sí, hijos míos, ved aquí un hombre á quien debo toda mi fortuna, y la felicidad de haber sido es-

poso y padre. Sin duda desearéis saber cómo he logrado determinarle á que viniera á nuestra casa ; y voy á deciroslo en pocas palabras.

Tres dias há que, como sabéis, salí de aquí para Paris, con las veinte mil libras que, en mi opinion, debia yo restituir á la beneficencia indigente. Al momento que llegué á la gran ciudad, acudí á la calle del arrabal de San Dionisio, número 32, donde vive Mr. Bertier, á quien dije : ¿ Sois vos el sugeto que me ha remitido esta carta ? — Sí, señor ; pero... vos... ¿ sois el labrador Palemon, que debe todo cuanto tiene á Mr. Delacour ? — El mismo soy. — Sin duda venís... — Á restituírle lo que tuvo la bondad de darme. — ¡ Cómo !... ¿ las veinte mil libras ? ; Hombre sensible y delicado ! eso es ya excederse en la fineza : tal vez no podáis desprenderos de esta suma sin un gran sacrificio muy perjudicial á vuestros intereses : no obliga á tanto la probidad, pues nunca debe convertirse en daño nuestro. Lo que yo os pedia era algun socorro, y nada mas. — Sosegaos : la fineza que hago, ó por mejor decir, la obligacion que cumplo, no me puede arruinar. — Sería una crueldad el permitir que os deshiciéseis de tan crecida suma ; y mucho mas teniendo hijos, pues sé que los tenéis : esta es su herencia, y no debéis despojarlos de ella. Vamos á otra cosa : supuesto que habéis hecho el favor de venir á mi casa, espero que no buscaréis otra posada : sentaos á la mesa conmigo sin el menor cumplimiento ; y mañana trataremos del modo de socorrer á nuestro amigo, sin que se ofenda su delicadeza, porque la tiene muy grande.

Seguí á Mr. Bertier á otra sala, donde hallé una mujer de edad madura con cuatro niños, ¿ Es esta vuestra familia ? — Sí, señor, esta es mi familia ; aunque mi esposa, que es la que veis, nunca ha tenido hijos. — ¿ Pues y estos ?... — ¿ No lo adivináis ? estos son hijos del pobre Delacour. Vive en esta misma casa, en el piso mas alto ; allí le he proporcionado un estrecho albergue ; todos los dias le envio la comida, y tengo sus hijos á mi mesa. — ¡ Hombre generoso ! ¿ y esta señorita es la mayor ? — No por cierto ; pronto bajará, y veréis en Enriqueta la jóven mas amable del universo ; y si puedo decirlo así, el ángel tutelar de su padre. No tiene mas que diez y seis años, y reúne cuantas virtudes y gracias... pero ya llega.

En efecto, se presentó Enriqueta, que es la que veis junto á su respetable padre, y sola su vista excitó en mí la misma admiracion que sin duda habrá excitado en vosotros. Los muchachos miraron

á un tiempo á Enriqueta ; ella se avergonzó, y Armando, sin poder contenerse, exclamó : ¡ Qué hermosa es !... Palemon miró á su hijo con cierta satisfaccion interior, y continuó de esta manera :

Sorprendióse un poco Enriqueta de hallar allí á un desconocido. Mr. Bertier le dijo á média voz : ¿ Cena ? — Ya ha cenado, respondió ella ; ahora está durmiendo. Entónces dije yo á Mr. Bertier : ¿ Por qué no le hacéis bajar á hecernos compañía ? — Hace algunos dias que está postrado, porque padece muchos achaques.

Miéntas nosotros cenábamos, tuve ocasion de admirar el juicio y gracias de Enriqueta, como tambien la cariñosa atencion de Mr. Bertier respecto de los cinco hijos de su amigo, de los cuales el mas jóven tendrá como unos diez años. Nada hablamos por entónces del asunto principal ; así que se retiraron los muchachos, y quedámos solos mi huésped, su esposa y yo, despues de un largo exámen, determinámos que á la mañana subiríamos juntos al cuarto de Mr. Delacour, y yo me daria á conocer. Así lo hicimos apénas vino Enriqueta á avisarnos que su padre habia dormido bien, y ya estaba despierto. Subímos Mr. Bertier y yo, y quedé penetrado de dolor al entrar en su pobre habitacion, y ver á mi generoso bienhechor rodeado de sus cinco hijos, que le hacian las caricias mas tiernas. Amado Delacour, le dijo Bertier alargándole la mano, vengo á presentaros uno de vuestros antiguos amigos. — ¿ Quién ? ¿ el que está á vuestro lado ? no tengo el honor de conocerle. — ¿ No reconocéis sus facciones ? — Me son enteramente desconocidas. — No podéis ménos de acordaros du un jóven labrador..... bien que ya se han pasado treinta años..... sin embargo, no habréis olvidado que en el bosque de los seis caminos, á veinte leguas de aquí, hicisteis dichoso á un tal Palemon, dándole una suma de dinero..... ¿ qué, no hacéis memoria ? — ¡ Ah ! sí ; ya me habia olvidado de eso... ¡ Cómo ! ¿ sois vos aquel jóven Palemon que tanto me interesó ? — El mismo soy, hombre benéfico ; y vengo á consolaros, y ofreceros todos los débiles socorros que debéis esperar de mi gratitud. — Señor, yo os doy mil gracias... nada necesito para mí. — ¿ Para vos ? yo lo creo, porque tenéis un tierno amigo en Mr. Bertier ; ¿ pero y vuestros hijos ?... — ¡ Ah ! ; me traspasáis el corazon !... ¡ mis pobres hijos ! — Les buscaremos un segundo padre ; haremos que reciban la correspondiente educacion, y... — ¿ Qué queréis decirme con eso ? ¿ imagináis que porque tuve en otro tiempo la dicha de favoreceros, tendria ahora la baja de pedir la restitucion de una suma que era vuestra,

pues yo os la habia dado? — No es eso, señor; sino que así como vos me socorristeis con aquella cantidad cuando podiais hacerlo, yo os suplico que ahora me permitáis el prestaros otro tanto dinero, puesto que tambien me hallo en disposicion de poder hacerlo. — ¡ Ah ! señor... no me avergüenzo de vuestro generoso ofrecimiento; pero ¡ cuán penosa me hace mi situacion esa generosidad ! ¡ cuánto mas aviva el sentimiento de mi miseria !

Mr. Delacour prorumpió en amargo llanto, y por no agravar su dolor tomé el partido de retirarme, prometiéndole que en la misma mañana volveria á verle. Cuando nos vimos solos, me dijo Mr. Bertier : Ya veis cuánta es su altivez y delicadeza en medio de sus adversidades. — ¿ Han sido muchas sus desgracias? — Muchas y muy particulares; yo creo que os hará relacion de ellas. — Y si se niega á recibir auxilios ¿ qué hemos de hacer? — No lo sé... yo no tengo muchas facultades : podria encargarme de uno ó dos de sus hijos ; pero de toda la familia, me es imposible. — Atended, Mr. Bertier, y examinad una idea que me han sugerido vuestras palabras... sí ; no es posible que pueda negarse á esta proposicion. — ¿ Y cuál es? — Yo tengo una granja ó casa de campo bastante cómoda y espaciosa, y puede venir á ella, donde acabará sus dias en medio de mi familia. Me llevaré tambien á la amable Enriqueta, á fin de que este anciano reciba siempre las caricias de su amor filial; y vos en vuestra misma casa cuidaréis de los demas hijos, pagándoos yo una pension anual para este efecto. — Nada de pension : no quiero sino que me deis cualquiera cantidad para establecerlos á su debido tiempo, y yo me encargo de enseñarles mi comercio.

Convenidos en este punto, supliqué á Mr. Bertier que subiese á ver á Delacour, y le diese parte de lo que habíamos tratado con toda la dulzura y respeto posibles, á fin de no exasperarle. Bajó despues de una hora, y desde léjos me gritó : ¡ Bravo, amigo mio ! mucho trabajo me ha costado ; pero al fin le he reducido. — ¿ De véras? — Mi pobre amigo no queria dejarme : llorábamos juntos, y me he visto obligado á decirle que la estrechez de mi situacion no me permite favorecerle por mas tiempo. Así es que ha creido que me era gravoso, y se ha determinado. Este era el único resorte de que podia valerme, de modo que me ha sido forzoso herir su misma delicadeza para vencerle. Cuando queráis podéis partir con Delacour y Enriqueta, que está contentísima de esta mutacion, porque vuestro aspecto, vuestros modales y franqueza le han inspirado el respeto mas profundo y la mas tierna confianza.

Despues arreglámos nuestros negocios de interes : Mr. Bertier no quiso recibir mas que ocho mil libras, esto es, dos mil por cada uno de los cuatro hijos que quedaban en su casa para dirigirlos y procurar su establecimiento. Él cumplirá su palabra : estoy muy seguro de que la cumplirá, porque es el hombre mas honrado que conozco. Hallábase Delacour en estado de soportar el movimiento de un coche, y partimos con la amable Enriqueta, aunque les ha sido muy dolorosa tan inesperada separacion, pues dejámos anegados en lágrimas al buen Bertier y á sus cuatro pupilos. Ya tenéis, hijos míos, en vuestra presencia á mi respetable bienhechor y á su preciosa hija. Los dos vivirán con nosotros, aumentado con sus bellas cualidades las delicias de nuestra pacífica mansion. En este supuesto, me parece que no necesito recomendaros la veneracion, el respeto, las atenciones y la ternura cariñosa que exigen sus virtudes, sus desgracias y sus beneficios.

Todos los muchachos prometieron á su padre hacer cuanto estuviese de su parte para servir, obsequiar y complacer á dos personas tan dignas de su atencion ; y estrecharon nuevamente en sus brazos á Delacour, que no se cansaba de dar gracias al cielo por haberle proporcionado en sus últimos dias tan agradable retiro. Entónces Palemon, á quien habia enternecido esta escena, dijo : Ahora suplico á mi amigo Delacour que os refiera las desgracias que le han conducido al doloroso estado de que he tenido la satisfaccion de sacarle. Hacedme este gusto, amigo mio, y quiera Dios que la relacion de vuestras desventuras sea útil á estos jóvenes, que os escucharán con la mayor atencion.

Todos se acercaron á Mr. Delacour, que tenia la voz débil. Armando vió un claro entre la silla de Enriqueta y Adela, y colocó allí la suya, con lo que se halló junto á la que daba principio á la interior revolucion de su alma. En fin callaron profundamente todos, y el anciano empezó su historia en estos términos.

Historia de la Ermita de San Leonardo.

En mi juventud he cometido muchas faltas que, aunque despues me arrepentí de ellas, me atrajeron el castigo de la divina Providencia que hasta el dia pesa sobre mí. Nací en una aldea del Languedoc en que mi padre era uno de los mas ricos hacendados ; quedó viudo bastante jóven, y aunque de carácter duro, era bueno é indulgente para con sus hijos, hospitalario y generoso para

con los extraños ; y como exento de preocupaciones no se oponía á que mis hermanos y yo alternásemos en nuestros juegos con los hijos de los pastores de las inmediaciones, cuyo frecuente trato me hizo colérico, arrebatado y violento.

Un día que jugaba yo con mis hermanos Saturnino y Leonardo, nos enfadamos no sé por qué friolera ; llevados de nuestra agreste inclinacion vinimos á vias de hecho, y empujando yo á mi hermano Leonardo hácia unas piedras, cayó tan fuerte golpe que se rompió una pierna. Le cogimos entre los dos y del mejor modo que pudimos le llevamos á la casa paterna. ¡ Cuál sería el dolor de mi padre que le amaba entrañablemente ! Conocía muy bien mi carácter, y aunque mis hermanos y yo de acuerdo achacamos á la casualidad este funesto accidente, desde luego me culpó como autor de esta desgracia, y arrojándome del hogar paterno me condujo él mismo á algunas leguas de distancia al albergue de un pastor, á quien, segun la órden que me intimó, debía ayudar en sus faenas pastoriles. En vano clamé, lloré, protesté ; mi padre fué inflexible y yo quedé en poder de Pedro.

Pues me tratan como á un bárbaro, dije para mí, procuraré serlo, y verán que me aprovecho de la educacion que quieren darme. Tenía Pedro una hija de diez y seis años ; yo contaba catorce, y por vengarme de mi padre, resolví fingir el amor mas ardiente por esta muchacha, y el deseo mas vivo de casarme con ella ; mi padre, decia yo entre mí, tiene bastante vanidad ; este amor y este deseo le humillarán, y entónces conocerá que ha hecho mal confundirme con estos rústicos, por lo cual es regular que me saque de entre ellos.

¿ Habéis oido igual proyecto ? ¿ no era muy digno de una cabeza loca, maligna é inconsecuente, que se atraía un terrible castigo, queriendo castigar al padre mas tierno y delicado con sus hijos ? Desde aquel momento prodigué toda especie de atenciones á Margarita, la cual, necia y coqueta, incurrió en la locura de corresponder al fingido amor de un muchacho. No dejó de advertirlo su padre y quiso enojarse ; mas yo entónces le manifesté el deseo que tenia de casarme con su hija. Pedro, discurrendo que de este enlace le resultaria mucho honor y una grande utilidad, me animó ; y desde entónces empezó á hablarme con la gorra en la mano. Eso era lo que yo queria, pues así me respetaban, y no me encargaban trabajos duros ; en fin, no hacia nada, y me complacia interiormente de la sorpresa y cólera de mi padre cuando supiese mi inclinacion y mis deseos, lo que se verificó puntualmente.

Hacia seis meses, que estaba en compañía de Pedro ; no habia visto á mi padre en todo este tiempo, ni recibido noticia de mi casa. Un día se presentó mi padre con mi hermano mayor Saturnino, y ambos estaban abatidos, y sus ojos cargados de lágrimas. Muy bien, caballero, me dijo mi padre ; me habéis privado de un hijo ; Leonardo... ¡ ya no existe ! — ¿ Leonardo?... — Se le ha gangrenado la pierna, y murió ántes de ayer entre mis brazos. ¡ Oh monstruo ! ¡ qué crimen has cometido ! ¡ eres un fratricida ! — Pero yo, señor, no soy culpable. — ¡ Cómo ! ¿ este es el sentimiento que manifiestas ? Quitate de mi presencia : no te vuelva yo á ver, que tu vista aumentaria mi tormento... ¡ Dios mio !... — Señor, yo no pido volver á casa, porque me he enamorado de Margarita, y me voy á casar con ella. — ¿ Qué fábula es esa ? — No es fábula, señor : digo que estoy perdido de amor por Margarita, y no deseo sino ser su marido. — ¡ En verdad que vienen á tiempo semejantes locuras ! — Sean en buen hora locuras ; pero quiero ser rústico y esposo de Margarita. — Puedes ser lo que quieras, malvado ; ya no cuento contigo para nada : y así, haz lo que mejor te parezca.

Dicho esto, mi padre y Saturnino se fueron, y me dejaron atónito. De nada me servía el artificio que habia meditado. En vez de reprenderme y separarme de Pedro para que no me arrojase á una accion tan perjudicial á mi familia, se me concedia cuanto yo habia fingido que deseaba, y no querian volver á oír ni aun mi nombre. ¿ Qué habia de hacer entónces ? ¿ debia continuar suspirando al lado de Margarita ? ¿ podia yo pensar seriamente en casarme con ella ? esto era imposible : lo primero, porque yo era demasiado jóven todavía ; y lo segundo, porque léjos de querer á aquella necia, la aborrecía.

Pasé algunos dias triste y desconsolado. La memoria de la muerte del pobre Leonardo me horrorizaba ; y en las melancólicas horas de la noche, en las sombras del sueño veía á mi infeliz hermano extender sus brazos hácia mí y culparme por su muerte. No pensaba ya sino en mis errores, y me propuse expiarlos con la mas rigurosa penitencia, entrándome en el primer convento que encontrara apénas huyese, como lo tenia determinado. Huí en efecto de la habitacion de Pedro y Margarita, quienes sin duda quedarian bien desengañados de mi fingida pasion. Salí pues una noche, sin dinero, y aun casi sin vestidos. La miseria de mi situacion me ofreció la idea de ir á arrojarme á los piés de mi padre, implorar su perdon, y solicitar que no me negase su antigua ternu-

ra ; pero reconocia que, aunque no obré con intencion, le habia privado de un hijo : me figuraba que este desdichado padre me aborrecia, y que, aun suponiendo que me admitiese en su casa, siempre sería tratado con dureza, lo cual yo no podria sufrir, ni ménos su predileccion respecto del hijo mayor. No, dije ; es preciso huir para siempre de la casa paterna, y encerrarme en un convento... ¿ pero en cuál ? ¿ dónde lo hallaré, si aun ignoro los caminos por donde debo dirigirme ? No importa ; caminaré á la ventura, y podrá ser que el cielo me prepare un saludable retiro en recompensa de mis remordimientos, y del deseo que tengo de expiar mis pecados.

Caminé, pues, sin saber por dónde, é iba entrando la noche sin que yo pensase en los peligros á que me exponia. Seguí las orillas del rio Loira sin cesar de caminar, y agobiado ya del cansancio, creo que al fin me hubiera resuelto á echarme en el suelo y pasar así la noche, si no hubiese visto brillar una luz á lo léjos, que me pareció salia de alguna cabaña inmediata al rio. Pasó junto á mí un pescador, que fué la única persona que hallé en mi precipitada fuga, y le pregunté de dónde salia aquella luz que se distinguia. — De la ermita de San Leonardo, me contestó. — ¿ De la ermita de San Leonardo ! ¿ cómo se halla abierta á estas horas ? — Siempre lo está dia y noche, á fin de que los viajeros extraviados encuentren adonde refugiarse y descansar. — ¿ Conque solo sirve para los viajeros ? — No, señor, para todo el mundo está abierta. — ¿ Habrá alguno que asista y cuide de la ermita ? — Sí, señor, hay un santo ermitaño, hombre muy penitente y religioso segun la voz general ; pero hijo mio ¿ no sois de este país ? ¿ cómo es que no tenéis noticia de la ermita de San Leonardo, siendo tan célebre por las muchas romerías que allí se hacen ? — Algo he oido hablar de eso, pero poco : os agradezco las noticias, y Dios os guarde. — Si acaso os habéis perdido, y no sabéis el camino de vuestra casa... — No por cierto, mil gracias, lo agradezco infinito.

Me aparté apresuradamente de aquel hombre, por no hacerme sospechoso ; y luego que me hallé bien distante de él, me detuve á reflexionar sobre lo que me habia dicho. ¡ La ermita de San Leonardo ! ¡ cuánto me horrorizaba este nombre recordándome la trágica muerte de mi infeliz hermano ! Voy, dije, á este religioso sitio, á pesar del espanto que me inspira ; allí pasaré mis tristes dias con el santo varon que cuida de la ermita, y rogaré sin cesar por el descanso de mi hermano. ¡ Oh padre mio ! yo me purificaré, y me haré digno de ti ; y si algun dia tengo la dicha de encon-

trarte, no me negarás tu gracia, y me admitirás en tu seno paternal.

Entregado á estas ideas de consuelo, mis fuerzas se reanimaron, y llegué á la ermita que efectivamente estaba abierta, segun me lo habia dicho el pescador. Una lámpara pendiente de la bóveda iluminaba este respetable sitio. Me arrodillé, y sin examinar si me hallaba solo en este asilo de recogimiento, empecé á hacer oracion, cuando repentinamente llegó á mis oidos una voz, que me hizo estremecer, diciéndome : Joven, ¿ qué buscas aquí ? ¿ por ventura te has extraviado ?

Volví la vista hácia donde salia la voz, y vi á un ermitaño, en un rincon de la ermita, sentado en una silla, con un libro en la mano. Señor, le dije, soy un infeliz reo de un crimen atroz. — Acércate, y desahoga en mi seno tus fatigas, pues no hay crimen que Dios no perdone al que se arrepiente con sinceridad. Me acerqué temblando, le conté mi vida, y al llegar á la muerte de mi hermano, exclamó : ¡ Oh inhumanidad ! ¡ qué horror ! ¿ cómo te sustenta la tierra ? — Pero si fué por una casualidad. — No importa : ¿ cómo?... tan joven... ¡ y ya manchado con la sangre !... — Pero, por Dios, que os hagáis cargo... — ¿ De qué ? — De que todo fué pura casualidad, pura casualidad ; ¿ lo entendéis ? ¡ bastantes sentimientos me ha ocasionado ! ademas de que continuamente lloro por mi amado Leonardo... — ¿ Leonardo ? — Así se llamaba mi infeliz hermano.

El padre Lucas (con este nombre era conocido por toda la comarca el ermitaño) se habia aturdido, creyendo que yo habia cometido un fratricidio meditado ; pero al fin, reflexionando bien el lance, me consoló, me abrazó y me dijo : Y ahora ¿ qué piensas hacer ? — Me siento con grande inclinacion al retiro y soledad : si quisieseis que me quedara en vuestra compañía, os ayudaria en todo cuanto se os pudiese ofrecer. — Pero tu padre... — Mi padre no me quiere consigo : puede ser que sabiendo el partido que abrazo, al cabo de algun tiempo se digne perdonarme y restituirme su amor. — Dices bien, hijo mio : quédate aquí, y sustituirás al hermano Julianito, que murió hace dos meses, y me ayudaba con el mayor esmero ; pero no te metas en nada de lo que veas y oigas ; exijo de tí docilidad, sumision, confianza ciega, y sobre todo ninguna curiosidad. — Sobre todo ninguna curiosidad : ¡ no es esto, padre mio ! — Eso es. — Pues yo os daré gusto.

El ermitaño se puso á leer : yo, admirando su gravedad, me senté en un banco, donde dormí tan profundamente, que cuando

desperté ya era muy entrado el día. Estaba ya el ermitaño haciendo oracion, y así que acabó me llevó á la sacristía, donde almorzámos.

Tuve despues todo el tiempo necesario para examinar la ermita, que tenia unos treinta piés de largo y quince de ancho; era muy baja de techo, y todo su ornato se reducía á un altar muy sencillo con un gran cuadro del santo; á un lado un confesonario y unas sillas de forma muy antigua; al otro algunos bancos arriados á lo largo de la pared, y al fin una pila de agua bendita. Sobre el tejado habia una campana cuya cuerda bajaba á la capilla, y mi ocupacion principal era el tocarla repetidas veces, particularmente de noche, para llamar á los caminantes extraviados. Detras de la ermita estaba la sacristía, y en un rincon de ella la cama donde el venerable varon descansaba algunas horas del día. Cuando se despertaba ocupaba mi lugar en la ermita y yo el suyo en la cama, compuesta de un mal colchon y un cobertor. Desde que el ermitaño perdió á mi predecesor, se veía precisado á cerrar la ermita en tanto que descansaba; pero luego que yo me quedé allí, siempre la tenia abierta. No estaba muy distante del camino real; y como el ermitaño tenia tanto crédito de santidad por todos aquellos contornos, ninguno pasaba que no entrase á hacer oracion y dejase alguna limosna. Por la noche dormia yo sobre un banco, y me levantaba de cuando en cuando á tocar la campana; á la mañana almorzámos perfectamente; despues barria yo la ermita, disponia la lámpara para encenderla por la noche, y leia alguno de los libros devotos que tenia el ermitaño.

Lo que siempre me admiraba era que el buen hombre iba por sí mismo á hacer las provisiones, y volvia con las alforjas llenas de todo género de viandas, no pudiendo yo averiguar cómo se consumian, pues siendo dos nosotros, venia comida para veinte.

Pero mucho mas me sorprendia y aun me asustaba algunas veces, el ver que despues de mediodía me quedaba solo en la ermita, porque el hermano Lúcas con una llave, que nunca dejaba, abria delante de mí una puertecilla muy disimulada con las mismas molduras del altar; desaparecia, y no volvia hasta la noche. Muchas veces, examinando la situacion exterior de la ermita, que daba sobre el Loira, procuré inquirir adónde podria conducir aquella misteriosa puerta; pero fueron inútiles todas mis investigaciones. Algunas veces me parecía oír gemidos que me aterraban, sin poder acertar el paraje de donde salian. Aunque en diversas ocasiones estuve para pedir al ermitaño que me explicase este misterio,

siempre me contuvo la promesa que le habia hecho de reprimir la curiosidad de mis deseos. Si al volver cargado con la alforja llena, ó cuando desaparecia por aquella puertecilla, le parecia que le observaba con alguna atencion, me lanzaba una mirada severa, me hacia señas con la mano para que me retirase, ó bien me repetia lo que mil veces me habia dicho: *docilidad, sumision, ciega confianza y ninguna curiosidad*. Yo no me atrevia á mirarle, me volvia hácia otro lado y le dejaba hacer cuanto queria; pero padecia interiormente, y me abrasaban los deseos de saber lo que me ocultaba con tanto misterio y cuidado.

Poco mas de tres años pasé en esta inquietud, sin que en tan largo tiempo me atreviese á pensar en volver á casa de mi padre. Mucho lo desaba, porque ya era un hombre formado, y no me faltaba discernimiento. Tenia diez y ochos años, y conocia que perdía el tiempo en un estado que cada día se me hacia mas intolerable. Veía que para nada era de provecho siguiendo así, y experimentaba aquel noble orgullo, aquella ambicion racional que inflama á todos los que piensan con seriedad sobre sí mismos; pero me dominaba cierto temor supersticioso. El ermitaño, que temia me escapase, y me amaba cordialmente, me ponía continuamente á la vista la confusion del mundo, la inconstancia de las cosas, la ingratitud de los amigos, la falsedad de los parientes, y finalmente, cuando me veía vacilante, me pintaba la muerte de mi hermano con los colores mas horrorosos, y la legitimidad del odio que mi padre debia profesarme toda su vida. En una palabra, abusaba de la flaqueza de mi espíritu, reduciéndome á cuanto queria con argumentos sofísticos y capciosos, y ponderándome las ventajas de la tranquilidad que disfrutámos en aquel silencioso retiro. Yo cedía, aunque sin abandonar la idea de escaparme cuanto ántes; pero lo que mas me detenía era el melancólico ruido de los gemidos que oía algunas veces, y por consiguiente el deseo de averiguar este y todos los misterios que el ermitaño me ocultaba con tanta reserva. Por fin, un día...

Aquí Palemon previno á Mr. Delacour que era ya tarde. Vos y yo, le dijo, necesitamos descansar; dejemos para mañana la continuacion de vuestros sucesos. Benito no podrá oiros, porque ya estará ausente; pero lo que habéis dicho es bastante para hacer impresion sobre su espíritu rebelde, si es capaz de arrepentirse, como vos de haber causado tantos sentimientos á vuestro anciano padre.

Conoció Benito la justicia de estas reflexiones, y casi lloró, pero

el despecho le sirvió de firmeza; reprimió sus lágrimas, y pareció muy resignado, lo cual afligió á Palemon, que temia se hiciera incorregible, segun las repetidas y anticipadas muestras que iba dando de su carácter duro y obstinado; y ciertamente debia este temor entristecer su paternal corazon, porque la obstinacion nace de un principio tan perjudicial como es un grande exceso de amor propio, contra el cual no valen los consejos de la razon, y que degenerando en desobediencia, rompe los vínculos de la subordinacion, sin la cual es imposible conducir á los jóvenes por la senda de la virtud, que exige un absoluto sacrificio de la voluntad propia.

Separáronse todos despues de cenar; y Palemon llamando á su hijo mayor, le dió secretamente las órdenes para llevar por la mañana á Benito al lugar de su destino.

TARDE XXXIV

LA SEVERIDAD

Cuando á besarte la mano
Llegue un arrepentido,
Admítele condolido,
No le arrojes inhumano;
Que tu proceder tirano
Y tu bárbara inclemencia,
Puede excitar la insolencia
Del que aspira á tu perdon;
Y es grande en toda oca-ion
El poder de la indulgencia.

Serian la siete de la mañana, cuando Armando entró tristemente en el cuarto de Benito á anunciarle que era llegada la hora de partir. — ¿ Me llevas muy léjos? — No : ¿ ves aquel molino que está allá abajo en la pendiente de la colina? — Sí. — Pues allí es. — ¿ Conque es decir que de carbonero paso á molinero? ¿ De negro á blanco? — No creas que vas á elaborar harina; el dueño del molino parece que es hombre muy instruido. — Pues si así es ¿ cómo no se ha dedicado á otra carrera? Ello es que mi padre quiere hacer le que el de Mr. Delacour; me separa de todo el mundo para que sea un salvaje, un montaraz. — No sé cuáles son las intenciones de padre : á nosotros solo nos toca obedecer.

Benito suspiró, tomó el lio de su ropa, y siguió á su hermano, que estaba tan afligido como el mismo Benito. Este ni siquiera